

En una sala sombría de la Capilla el suizo me ha abierto otro armario. Allí está el sarcófago de Carlo-Magno. Es una magnífica tumba romana de mármol blanco, que tiene esculpido, en la cara anterior, por un cincel magistral, el robo de Proserpina. Yo he contemplado largo rato este bajo-relieve, que tiene dos mil años. Al extremo de la composición, cuatro caballos frenéticos, á la vez infernales y divinos, conducidos por Mercurio, arrastran hácia un remolino entreabierto en el plinto un carro, en el cual grita, lucha y se retuerce con desesperación Proserpina, asida por Pluton. La mano robusta del dios oprime la garganta medio desnuda de la jóven, que se cae hácia atrás y cuya cabeza desmenada se encuentra con la figura recta é impasible de Minerva, cubierta con el casco. Pluton se lleva á Proserpina, á la que Minerva, la consejera, habla en voz baja al oído. El Amor, sonriendo, está sentado en el carro, entre las piernas colosales de Pluton. Detrás de Proserpina se agita, con las líneas más atrevidas y esculturales, el grupo de ninfas y de furias. Las compañeras de Proserpina se esfuerzan por detener un carro tirado por dos dragones alados é ignívoros, que está allí como un coche de comitiva. Una de las jóvenes diosas, que ha agarrado osadamente un dragon por las alas, le hace lanzar gritos de dolor. Este bajo-relieve es un poema, es la escultura violenta, vigorosa, exorbitante, soberbia, un poco entática, como la hacia la Roma pagana, como la hubiese hecho Rubens.

Esta tumba, antes de ser el sarcófago de Carlo-Magno, se dice que habia sido el sarcófago de Augusto.

En fin, por otra escalera estrecha y sombría, que han subido, desde hace seis siglos, tantos reyes, emperadores y viajeros ilustres, mi guía me ha conducido hasta la galería que forma el primer piso de la rotonda y que se llama el Hochmunster.

Allí, debajo de una cubierta de madera que hay medio corrida y que nunca se descorre enteramente más que para los visitantes coronados, he visto el sillón de piedra de Carlo-Magno. Este sillón, bajo, ancho, de respaldo redondo, formado de cuatro hojas de mármol blanco, desnudas y sin esculturas, unidas por ganchos de hierro, teniendo por asiento una tabla de encina cubierta por un cojin de terciopelo rojo, está colocado en una altura que tiene seis peldaños,

de los cuales dos son de granito y cuatro de mármol blanco.

Sobre este sillón, revestido de catorce planchas bizantinas, encima de un estrado de piedra, al cual se llega por medio de cuatro gradas de mármol blanco, con la corona en la cabeza, el globo en una mano y el cetro en la otra, la espada germánica al lado, el manto del imperio á la espalda, la cruz de Jesucristo al cuello, los piés clavados en el sarcófago de Augusto, el emperador Carlo-Magno está sentado en su tumba. El quedó en esta sombra, en este trono y en esta ciudad por espacio de trescientos cincuenta y dos años, desde 814 á 1166.

En 1166 fué cuando Federico Barbaroja, queriendo tener un sillón para su coronación, penetró en esa tumba, cuya forma monumental no ha conservado ninguna tradición, y á la cual pertenecen las dos santas puertas de bronce adaptadas hoy á la fachada. Barbaroja era á la vez un príncipe ilustre y un valiente caballero. Momento extraño y formidable debió ser aquel en que este hombre coronado se encontró frente á frente con ese cadáver igualmente coronado; el uno con toda la majestad del imperio, el otro con toda la majestad de la muerte. El soldado venció á la sombra, el vivo desposeyó al muerto. La Capilla guardó el esqueleto, Barbaroja se apoderó del sillón de mármol, y de esta silla, donde habia estado sentada la nada de Carlo-Magno, hizo el trono donde ha venido á sentarse durante cuatro siglos la grandeza de los emperadores.

En efecto, treinta y seis emperadores, comprendido entre ellos Barbaroja, han sido consagrados y coronados en ese sillón en el Hochmunster de Aix-la-Chapelle. Fernando I fué el último, Carlos V el penúltimo.

Después la coronación de los emperadores de Alemania se ha hecho en Francfort.

Yo no podia separarme del lado de ese sillón tan sencillo y tan grande. Contemplaba los cuatro peldaños de mármol levemente gastados por el talón de esos treinta y seis Césares, que habian visto encenderse allí su ilustre resplandor y á su vez apagarse. Ideas y recuerdos innumerables acudían á mi espíritu. Recordaba que el violador de ese sepulcro, Federico Barbaroja, cuando envejeció, quiso cruzarse por segunda ó tercera vez, y fué á Oriente. En el camino, un día encontró un hermoso río. Ese río era el Cydnus. Estaba acalorado y tuvo

el capricho de bañarse. El hombre que habia profanado á Carlo-Magno pudo olvidarse de Alejandro. Entró en el río y el agua glacial le embargó los sentidos. Alejandro, jóven, estuvo á punto de morir en él; Barbaroja, viejo, murió allí (1).

Un día, y no dudo que llegue, se le ocurrirá á algun rey ó emperador un pensamiento piadoso y santo. Se sacará á Carlo-Magno del armario donde le han metido los sacristanes y se le volverá á colocar en su tumba. Se reunirá religiosamente todo lo que quede de ese gran esqueleto. Se le volverá su bóveda bizantina, sus puertas de bronce, su sarcófago romano, su sillón de mármol levantado sobre el estrado de piedra y adornado de catorce planchas de oro. Descansará la diadema carlovingia en su cráneo, la bola del imperio en su brazo y el manto de paño de oro en sus huesos. El águila de bronce irá á ocupar altivamente su sitio á los piés de ese señor del mundo. Se pondrán alrededor del estrado todas las cajas que contengan objetos de plata y de diamantes, como si fuesen los muebles y los cofres de esta última cámara real; y entonces (puesto que la Iglesia quiere que se pueda contemplar á sus santos bajo la forma que les ha dado la muerte), por alguna ventanilla estrecha tallada en el espesor del muro y cruzada de barras de hierro, á la luz de alguna lámpara suspendida en la bóveda del sepulcro, el que vaya á visitarlo podrá ver arrodillado en el alto de estas cuatro gradas blancas, que no pisará ningun pié humano, sobre el sillón de mármol escamado de oro, con la corona en la frente y el globo en la mano, resplandecer vagamente en las tinieblas ese fantasma imperial que se ha llamado Carlo-Magno.

Esto será una grande aparición para cualquiera que se atreva á aventurar su mirada en esa bóveda mortuoria, y todos sacarán de esa tumba un gran pensamiento. Se irá allí de las extremidades de la tierra, y los pensadores de todas clases irán también. Carlos, hijo de Pipino, es

en efecto uno de esos seres completos que miran la humanidad por las cuatro fases. Para la historia es un gran hombre como Augusto y Sesostris; para la fábula es un paladin como Rolando y un mágico como Merlin; para la Iglesia es un santo como Gerónimo y Pedro; para la filosofía es la misma civilización que se personifica, que se hace gigante cada mil años para atravesar algun profundo abismo, las guerras civiles, la barbarie, las revoluciones, y que se llama entonces tan pronto César, como Carlo-Magno, como Napoleon.

En 1804, en el momento en que Bonaparte se convertía en Napoleon, visitó Aix-la-Chapelle. Josefina, que le acompañaba, tuvo el capricho de sentarse en el sillón de mármol. El emperador, que por respeto se habia puesto su gran uniforme, dejó hacer esta tontería. El quedó inmóvil, de pié, silencioso y descubierto ante el sillón de Carlo-Magno.

Notable coincidencia y que se me ocurre al paso: en 814 Carlo-Magno murió. Mil años después, y casi hora por hora, en 1814, Napoleon cayó.

En este mismo año fatal, 1814, los soberanos aliados hicieron su visita á la sombra del gran Carlos. Alejandro de Rusia, como Napoleon, llevaba su gran uniforme; Federico Guillermo de Prusia el capote y el ligero casco de diario; Francisco de Austria redingot y sombrero redondo. El rey de Prusia subió dos de las gradas de mármol y se hizo explicar por el pavorde del Capítulo los detalles del coronamiento de los emperadores de Alemania. Los dos emperadores guardaron silencio.

Hoy Napoleon, Josefina, Alejandro, Federico Guillermo y Francisco han muerto.

Mi guía, que me daba todos estos detalles, es un antiguo soldado francés de Austerlitz y de Jena, establecido desde entonces en Aix-la-Chapelle, y convertido en prusiano por la gracia del Congreso de 1815. Al presente lleva el tahalí y la alabarda delante del Capítulo en las ceremonias. Yo admiré á la Providencia, que se manifiesta en las cosas más pequeñas. Este hombre, que dirige la palabra á los que van á visitar á Carlo-Magno, está saturado del espíritu de Napoleon. De aquí que, sin darse cuenta él mismo, yo encuentro no sé qué grandeza en sus palabras. Acababa de darme cuenta, con las lágrimas en los ojos, de sus antiguas batallas, sus antiguos camaradas y su antiguo coronel. Con este

(1) El hecho ha sido referido por los historiadores de varios modos. Según otros cronistas, queriendo atravesar el Cydnus ó el Cyrocadnus á viva fuerza el ilustre emperador Federico II, le alcanzó una flecha sarracena en medio del río y se ahogó en él. Según las leyendas no se ahogó, desapareció de allí; fué salvado por los pastores, al decir de unos; por génius, al decir de otros, y fué transportado milagrosamente de Siria á Alemania, donde hizo penitencia en la famosa gruta de Kaiserslautern, si se ha de dar fé á los cuentos de las orillas del Rhin, ó en la caverna de Kilfauser, si se dá crédito á las tradiciones de Wurtemberg.

acento me ha estado hablando del mariscal Soult, del coronel Graindorge y, sin saber cuánto me interesaba este nombre, del general Hugo. Había reconocido en mí un francés, y no olvidaré jamás con qué sencilla y profunda solemnidad me dijo al marcharse:

—Caballero, podreis decir que habeis visto en Aix-la-Chapelle un zapador del trigésimo-sexto regimiento, suizo de la Catedral.

En otra ocasion me habia dicho:

—Tal como me veis, caballero, pertenezco á tres naciones: soy prusiano por casualidad, suizo por negocio y francés por razon.

Por lo demás, debo convenir que su ignorancia militar de las cosas eclesiásticas me habia hecho sonreír más de una vez durante el curso de esta visita, especialmente en el coro, cuando me enseñaba las sillas, diciéndome con gravedad:

—Estos son los sitios de los chamoines.

¿No te parece que esta palabra debia escribirse *chats-moines*? (1)

Al dejar la Capilla, tan absorto estaba por un pensamiento único, que apenas reparé á algunos pasos de la iglesia en una fachada, por cierto muy bella, del siglo catorce, adornada de siete altivas estatuas de emperadores, que dá paso hoy á no sé qué cloaca. En aquel momento me sobrevino una distraccion.

Dos curiosos como yo salian de la Capilla, donde mi viejo soldado acababa probablemente de entretenerlos algunos minutos. Como reian á carcajadas, me volví y reconocí dos viajeros, de los cuales el de más edad habia escrito aquella misma mañana delante de mí su nombre en el registro del *Hotel del Emperador*, el señor conde A***, uno de los más antiguos y más nobles títulos del Artois. Hablaban en voz alta.

—Vaya unos nombres! decian; solo la revolucion ha podido producir estos nombres. El capitán Lasoupe! ¡el coronel Graindorge! De dónde sale esto?

Eran los nombres del capitán y el coronel de mi pobre viejo suizo, de que les habia hablado por incidencia como á mí.

Yo no pude contenerme y les contesté:

—De dónde sale esto? Os lo voy á decir, caballeros. El coronel Graindorge era primo tercero del mariscal Lorges, suegro del duque de San Simon; en

(1) Este *calembour* queda completamente desvirtuado al traducirse al castellano, por lo cual dejamos en francés las frases que lo constituyen.—(N. del T.)

cuanto al capitán Lasoupe, le supongo algun parentesco con el duque de Bouillon, tío del elector palatino.

Momentos despues estaba en la plaza de la Casa del Ayuntamiento, adonde tenia prisa en llegar.

La Casa del Ayuntamiento de Aix es, como la Capilla, un edificio construido de otros cinco ó seis edificios. A los dos lados de una sombría fachada de ventanas largas, estrechas y aproximadas, que data de Carlos V, se elevan dos torres con las campanas del Consejo; una baja, redonda, ancha y aplastada, y la otra alta, esbelta y cuadrangular. La segunda torre es una bella construccion del siglo catorce. La primera es simplemente la famosa torre de Granus, que apenas se llega á reconocer debajo el extraño campanario contorneado, con el cual está cubierta. Ese campanario, que se ve repetido más pequeño en la otra torre, parece una pirámide de turbantes gigantescos de todas formas y de todas dimensiones, puestos los unos sobre los otros y decreciendo en un ángulo bastante agudo. Al pié de la fachada se desarrolla una vasta escalera, formada como la escalera del patio del Caballo Blanco en Fontainebleau. Frente por frente en el centro de la plaza, una fuente, de mármol del Renacimiento, algo retocada y rehecha en el siglo diez y ocho, soporta encima de una ancha taza de bronce la estatua de Carlo-Magno armado y coronado. A derecha é izquierda, otras dos fuentes más pequeñas tienen en su cúspide dos águilas negras espantadas y terribles, medio vueltas hácia el grave y tranquilo emperador.

Aquí es, en este sitio, en esta torre romana quizás, donde nació Carlo-Magno.

Esta fuente, esta fachada, estas torres, todo este conjunto es real, melancólico y severo. Carlo-Magno respira aun aquí por todas partes. El resume en su poderosa unidad los disparates de este edificio. La torre de Granus recuerda á Roma, su antecesora; la fachada y las fuentes recuerdan á Carlos V, el más grande de sus sucesores. Hasta la figura oriental de la torre hace soñar vagamente en ese magnífico califa Aarum-al-Raschid, su amigo.

La noche se echaba encima; habia pasado todo el dia delante de esos grandes y austeros recuerdos, y me parecia que tenia sobre mí el polvo de diez siglos, por lo que sentí la necesidad de salir de la ciudad para respirar, ver los campos,

los árboles y los pájaros. Esta necesidad me condujo fuera de Aix-la-Chapelle á las frescas alamedas verdes, donde permanecí hasta entrada la noche, caminando á la ventura á lo largo de las viejas murallas.

Aix-la-Chapelle tiene todavía su circuito de murallas.

Vauban no ha pasado por allí.

Los subterráneos que iban de las habitaciones bajas de la Casa Ayuntamiento y de las criptas de la Capilla hasta la abadía de Borcette y hasta el mismo Limbourg, están hoy cegados y perdidos.

Como la noche se extendía, me senté en un declive cubierto de césped.

Aix-la-Chapelle se ostentaba por completo ante mis ojos colocada en su valle como en un gracioso vaso. Poco á poco la bruma de la noche, invadiendo los techos dentellados de las viejas calles, borró el contorno de las dos torres, que, mezcladas por la perspectiva á los campanarios de la ciudad, recordaban confusamente el perfil moscovita y asiático del Kremlin. De toda esta ciudad no se destacaban más que dos cosas distintas: la Casa Ayuntamiento y la Capilla. Entonces todas mis emociones, todos mis pensamientos, todas mis visiones del dia acudieron en tropel á mi mente. La misma ciudad, esa ilustre y simbólica ciudad, estaba como transfigurada en mi espíritu y bajo mi mirada. La primera de las dos masas negras que aun distinguía no era para mí otra cosa que el lecho de un niño, y la segunda la envoltura de un muerto; y por instantes, en la contemplacion profunda en que estaba como sumido, me parecia ver la sombra de ese gigante que llamamos Carlo-Magno levantarse lentamente en el pálido horizonte de la noche, entre esa gran cuna y esa gran tumba.

CARTA X.

Colonia.

Todo lo que el autor no ha visto en Colonia.—Derechos regalistas de los uniformes azules con cuellos anaranjados sobre las maletas y sacos de noche.—En Colonia no hay precision de hospedarse en Colonia.—El viajero camina al azar.—Encuentro de un poeta y de una torre.—La brizna de yerba roe las catedrales.—Aparicion de la catedral de Colonia en el crepúsculo.—Un paisaje retrospectivo.—El viajero mira hácia atrás y no lanza ningun grito de admiración.—Efectos de los zagalejos cortos.—Descripcion de un músico.—Descripcion de un cazador.—Los cuatro dioses G.—Por qué cuesta todo tan caro en el Hotel del Emperador de Aix-la-Chapelle.—El autor se vé en los escaparates de un librero, y maldice todas las caricaturas que se venden como si fueran sus retratos.—El autor habla mal de los editores que publican este libro.—Tamaño de las servilletas en Alemania.—Inmensidad

de las sábanas.—Algunos detalles referentes á las posadas.—Raspado al francés y encontrareis al alemán.—Segunda visita á la catedral.—Cruel situacion á que están reducidos hoy los portoseros.—Interior de la iglesia.—Impresion desagradable y singular.—Matrimonio mal avenido del alboroto y el recogimiento.—Las vidrieras.—Para qué sirve un rayo de sol.—*Comes Emundus*.—El autor hace el pedante.—El autor se entrega á su manía y examina cada piedra de la iglesia.—Lo que impide al arzobispo de Colonia ocultar su edad.—Importancia y belleza del coro.—Detalle.—El autor no deja escapar la ocasion de captarse la enemistad de todos los bedeles, guardianes, fabriqueros de las parroquias y sacristanes de Colonia.—La tumba de los tres magos.—Pequeñez de las cosas á propósito de un clavo que sale del suelo.—Del epitafio y del blason de Maria Médicis no queda otra cosa que lo necesario para desgarrarse la bota el autor.—La casa d'Ibach, Sterngasse, núm. 10.—El autor aprovecha con afán la oportunidad de hacerse un enemigo irreconciliable del arquitecto actual de la catedral de Colonia.—La Casa Ayuntamiento.—Modo particular de crecimiento y vegetacion de las Casas municipales.—Cómo está construida la Casa de la Ciudad de Colonia.—Verdades.—El autor, pudiendo hacerse un enemigo mortal del arquitecto actual de la Casa Ayuntamiento de Paris, no desperdicia la ocasion.—¿Qué hizo Cornelle á ese caballero que vivió, segun parece, en estos últimos tiempos, y que se llamaba el Sr. Andrieux?—El viajero en alto de la torre del Municipio.—Colonia á vista de pájaro.—Veintisiete iglesias.—El autor contempla con cariño un pórtico, como tiene la costumbre de contemplarlos todos.—Despues de un pórtico, un puerco.—Un puerco épico.—La alocucion del viejecillo.—... nos ama, casi se puede decir que nos espera.—El autor se toma la libertad de rehacer la viñeta que el señor Juan María Farina pega en los frascos de la admirable agua de Colonia.

Orillas del Rhin, Andernach 11 de Agosto.

Querido amigo: Estoy indignado conmigo mismo. He pasado por Colonia como lo hubiese podido hacer un bárbaro. Apenas me he detenido cuarenta y ocho horas. Me habia hecho el ánimo de permanecer en ella quince dias; pero despues de una semana casi seguida de brumas y lluvias, apareció y arrojó su luz sobre el Rhin un rayo de sol tan bello, que no pude resistir al deseo de aprovecharle, viendo el paisaje del rio en toda la riqueza y alegría que despliega. Con este objeto salí esta mañana de Colonia en el vapor el *Cockerill*. Así que, dejé detrás de mí la ciudad de Agrippa, sin ver los viejos cuadros de Santa María en el Capitolio; ni la cripta, cuyo pavimento es de mosaicos de Saint-Gereon; ni la *Crucifixion de San Pedro*, pintada de Rubens para la vieja iglesia semi-romana de San Pedro, donde fué bautizado; ni la osamenta de las once mil vírgenes en el claustro de las Ursulinas; ni el cadáver, que se conserva intacto, del mártir Albinus; ni el sarcófago de plata de San Cunibert; ni la tumba de Duns Scoto en la iglesia de los Menores; ni el sepulcro de la emperatriz Teofania, mujer de Oton II, en la iglesia de San Pantaleon; ni el *Maternus-Gruft* en la iglesia de Lissolphe; ni las dos salas de oro del con-

vento de Santa Ursula y de la catedral; ni la cámara de las Dietas del imperio, hoy depósito de mercancías; ni el viejo arsenal, hoy almacén de trigo. Nada de esto he visto; absurdo parece, pero es así.

¿Qué es, pues, lo que he visitado en Colonia? La catedral y la Casa del Ayuntamiento, nada más. Es preciso ser una ciudad tan admirable como Colonia para que sea poca cosa ver estos dos raros y maravillosos edificios.

Llegué á Colonia puesto ya el sol y me dirigí al momento á la catedral, después de haber cargado con mi saco de noche uno de esos comisionados que llevan uniforme azul con cuellos anaranjados, que trabajan en este país para el rey de Prusia (excelente y lucrativo trabajo, puedo asegurártelo: el viajero es vejado de una manera ruda, por la sencilla razón de que el comisionado parte sus ganancias con el rey).

Vaya un detalle útil. Antes de separarme de ese buen hombre (el comisionado) le mandé, con gran sorpresa suya, que llevase mi equipaje, no á una fonda de Colonia, sino á una de Deuz, pueblo situado al otro lado del Rhin y unido á Colonia por un puente de barcas. La razón que tenía para ello era la siguiente: cuando tengo que permanecer muchos días en una misma habitación, acostumbro á elegir siempre que me es posible el horizonte y el paisaje que se puede distinguir desde la ventana. Ahora bien; las ventanas de Colonia miran á Deuz y las de Deuz miran á Colonia; en esta situación, lo natural era hospedarse en Deuz; pues yo me hice á mí mismo esta reflexión incontestable: más vale habitar en Deuz y ver á Colonia, que habitar en Colonia y ver á Deuz.

Una vez solo eché á andar á la ventura en busca de la catedral, pensando hallarla á la vuelta de cada esquina. Pero yo no conocía esta ciudad inextricable; como la sombra de la tarde se había espesado en sus estrechas calles, y como no me gusta preguntar á nadie, caminé largo tiempo sin rumbo fijo.

En fin, después de haberme aventurado á entrar por una especie de puerta cochera á una especie de patio, terminado hácia la izquierda por una especie de corredor, desemboqué de repente en una plaza bastante grande y perfectamente oscura y desierta.

Allí disfruté de un magnífico espectáculo. Delante de mí, á la luz fantástica de un cielo crepuscular, se levantaba y se prolongaba, en medio de una mul-

titud de casas bajas de tejadillos caprichosos, una enorme masa negra cargada de agujas y cimbalillos; algo más allá, á un tiro de ballesta, se erguía aislada otra masa negra, menos ancha y más alta, una especie de vasta fortaleza cuadrada, flanqueada en sus cuatro ángulos por cuatro largas torres, en cuya punta ó cima se perfilaba yo no sé qué armazón de madera extrañamente inclinado, que tenía la figura de una pluma gigantesca colocada como sobre un casco en la frente del viejo castillejo. Esta cima era un ábside; este castillejo, un principio de campanario; este ábside y este principio de campanario eran la catedral de Colonia.

Lo que me parecía una pluma negra colgada en la cimera del sombrío monumento, era la inmensa grua simbólica, que volví á ver al día siguiente bordada y acorazada de planchas de plomo, y que, de lo alto de su torre, dice al que pasa que esta basílica no concluida será continuada; que este pedazo de campanario y este pedazo de iglesia, separados actualmente por tan vasto espacio, se reunirán un día y vivirán una vida común; que el sueño de Engelberto de Berg, convertido en edificio en tiempo de Conrado de Hochsteden, será dentro de uno ó dos siglos la catedral más grande del mundo, y que esta Iliada incompleta espera aun sus Homeros.

La iglesia estaba cerrada, por lo que me acerqué al campanario, cuyas dimensiones son enormes. Lo que había tomado por torres en los cuatro ángulos, eran simplemente el grueso mayor de los contrafuertes. Todavía no estaba edificado más que el piso bajo y el primer piso, formado de una colosal ojiva, y ya la masa construida tenía casi la altura de las torres de Nuestra Señora de Paris.

Ví alguna vez la aguja proyectada que se levanta sobre ese monstruoso bloque de piedra. Estrasburgo no será nada á su lado. Dudo que el mismo campanario de Malinas, no concluido tampoco, esté sentado en el suelo con este desahogo y esta amplitud.

Ya lo he dicho en otra ocasión, que nada se parece tanto á una ruina como un bosquejo. Las zarzas, los saxifragos y las parietarias, yerbas todas que se gozan en roer el cimientito y hundir sus uñas en las juntas de las piedras, han escalado la venerable fachada. El hombre no ha acabado de construir cuando la naturaleza ha destruido ya.

La plaza estaba silenciosa. Nadie pa-

saba por ella. Con este motivo me acerqué á la fachada tanto como me lo permitió una verja de hierro del siglo quince que la protege, y oí murmurar apaciblemente al viento de la noche en esos innumerables bosquecillos que se instalan y prosperan en todos los saledizos de los viejos edificios. Una luz que apareció en una ventana vecina iluminó un momento una multitud de exquisitas y pequeñas estatuas que había sentadas debajo de los arcos avialados, ángeles y santos que leen en un gran libro abierto sobre sus rodillas, ó que hablan y predicán con el dedo levantado. Así los unos estudian, los otros enseñan. ¡Admirable prólogo para una iglesia, que no es otra cosa que el Verbo hecho mármol, bronce y piedra! La dulce mampostería de los nidos de golondrinas se mezcla por todas partes como un correctivo encantador á esta severa arquitectura.

Después la luz se apagó y ya no ví más que la vasta ojiva de ochenta piés abierta de par en par, sin marco ni tejadillo, despanzurrando la torre de alto á bajo, y dejando penetrar mi mirada en las tenebrosas entrañas del campanario. En esta ventana se percibía, reducida por la perspectiva, la ventana opuesta, igualmente abierta de par en par, y en la que el roseton y los cruceros, como trazados con tinta, se destacaban con una pureza inexplicable sobre el cielo claro y metálico del crepúsculo. No he visto nada más melancólico y singular que esa elegante y pequeña ojiva blanca dentro de esa grande ojiva negra.

Esta ha sido mi primera visita á la catedral de Colonia.

No te he dicho nada del camino de Aix-la-Chapelle á Colonia. No hay gran cosa que decir. Es un sencillo y puro paisaje picardo ó turenés, una llanura verde ó rubia, con un olmo torcido aquí y allá y alguna pálida cortina de álamos en el fondo. Yo no odio este género apacible, pero lo gozo sin dar un grito de entusiasmo. En los pueblos, las viejas aldeanas pasan como espectros envueltas en largas tocas de indiana gris ó rosa claros, cuyos capuchones dejan caer hasta los ojos; las jóvenes, con zagalejos cortos y cubierta la cabeza con una papalina ó redecilla llena de lentejuelas y abalorios, que oculta apenas sus magníficos cabellos, atados encima de la nuca y sujetos por una larga aguja de plata, lavan alegremente delante de las casas, y al bajarse muestran hasta las corvas á los transeuntes, como en los cuadros

de los viejos maestros holandeses. Por lo que hace á los hombres, van vestidos con un capote azul y un sombrero negro de copa alta, como si fuesen los campesinos de un país constitucional.

El camino, como había llovido, estaba remojado. No encontré á nadie, si se exceptúa alguna vez que otra á algún joven músico, rubio, delgado, pálido, que iba á los bailes públicos de Aix-la-Chapelle ó de Spa, con su maleta ó mochila al hombro, su contrabajo cubierto con un pedazo de vieja tela verde echado á la espalda, el baston en una mano y el cornetin de piston en la otra; vestido con una levita azul, un chaleco de muestra floreada, una corbata blanca y un pantalón semi-colán, remangado por encima de las botas á causa del barro; pobre diablo, arreglado por arriba para el baile y por abajo para el viaje. También ví en un campo próximo al camino á un cazador local así vestido: sombrero redondo verde-manzana con ancha escarapela de raso gastado de color lila, blusa gris, gran nariz y fusil.

En un lindo pueblecillo cuadrado, flanqueado por murallas de ladrillo y torres amenazando ruina, que está en medio del camino y cuyo nombre ignoro, admiré mucho cuatro magníficos viajeros sentados, que se veían á través de las ventanas abiertas del piso bajo de una posada, delante de una mesa pantagruélica repleta de carnes, pescados, vinos, pasteles y frutas; bebiendo, cortando, mordiendo, tragando, despedazando y devorando; uno rojo, otro carmesí, el tercero púrpura y el cuarto violado, como cuatro personificaciones vivientes de la voracidad y de la glotonería. Me pareció ver al dios Goloso, al dios Glotón, al dios Gomia y al dios Garganton, sentados alrededor de una montaña de comida.

Por lo demás, las posadas son excelentes en este país, exceptuando, sin embargo, la que habité en Aix-la-Chapelle, que no es más que pasable—el *Hotel del Emperador*,—y en la que tenía una habitación que para mantener los piés calientes me servía un soberbio tapiz pintado en el suelo, magnificencia que probablemente motivaba el exorbitante precio que llevaban por todo en el citado meson.

Para acabar con todo lo concerniente á Aix-la-Chapelle, te diré que la falsificación florece allí como en Bélgica. En una gran calle que desemboca en la plaza del Ayuntamiento me he visto ex-